

LA PRINCESA SINHOLD

2º-3º

Había una vez un príncipe que ya era lo suficientemente grande y fuerte como para gobernar el reino. Es así que su padre cierto día le dijo:

"Cada día que pasa, tú eres más fuerte, y yo más débil. Es justo que tomes a tu cargo el reino. Saldremos a cabalgar juntos, así te enseñaré los límites del reino. Será luego responsabilidad tuya que ningún mal vecino te quite nada de lo que es tuyo."

Tuvieron que cabalgar durante muchas semanas, ya que el reino era grande. Así, el hijo llegó a lugares que nunca había visto. El padre en persona conocía a todos los países limítrofes y le nombró los reinos y sus reyes.

Cierta vez, durante días tuvieron que bordear una cadena de montañas, sin encontrar camino alguno hacia el centro de las montañas. Asombrado, el hijo preguntó:

"¿Qué país tan extraño es ese, a nuestra izquierda? ¡Qué malos vecinos, que no tienen comunicación alguna por miedo a un camino!" Entonces le contestó el padre:

"Sobre las tierras del otro lado de la montaña, desde tiempo remoto, pesa un hechizo. Son muchos los caballeros que han intentado penetrar allí, pero no han regresado. Se cuenta que están completamente desoladas y deshabitadas. Días y días puede viajar sin encontrar ni casa, ni posada. Ninguna flor exhala su fragancia, ni se escucha el trino de ningún pájaro, ni aún se encuentra animal de caza alguno. Es así que todos aquéllos que pisan esas tierras para explotarlas, mueren de hambre. Dígase asimismo, que una princesa encantada está allí, en el centro de su reino, en un castillo sobre una alta roca. Pero, ¿cómo saber si todo esto es cierto? Los habitantes de nuestro reino jamás lograron descubrir a nadie que hubiese estado allí. Se trata siempre de suposiciones. El último ser humano que intentó llegar a esas tierras es una vieja habitante del bosque, pero por nada del mundo revela algo de ese reino encantado."

Muy silencioso estuvo ese día el príncipe; y las nobles doncellas en cuyo castillo padre e hijo pernoctaron, lo encontraron sobrenaturalmente aburrido.

El príncipe, que hacía tiempo había notado con asombro aquellos parajes, durante días y noches tuvo que pensar en aquel castillo encantado. Ojalá fuere cierta la leyenda de la princesa en su castillo sobre la roca! Tal vez era menester los correctos medios y un auténtico arrojo para romper el hechizo. Esos fueron pensamientos que lo acompañaban constantemente.

El portero del castillo paterno tenía una madrecita anciana, conocedora de infinidad de extrañas historias y leyendas. Ya en el primer día de su regreso, el príncipe le preguntó acerca de aquel paraje. No sabía mucho más que el rey, sólo pudo decirle que la princesa se llamaba Sinhold y que era indescriptiblemente hermosa.

"Mil veces más hermosa de cómo puede representarse con palabras y cien veces más linda de cómo pintor alguno podría intentar pintarla."

Y supo también que había una rara condición para la redención de la princesa, que parecía hacer imposible su logro. Conocía el lema que así decía:

*"Su redención no puede ser llevada a cabo por un hombre solo
y más que uno tampoco puede ser."*

Cuando la reina se encontró a solas con su hijo, le preguntó en qué castillo había encontrado a la doncella más hermosa. Y se enfadó cuando le dijo varios nombres, sin poder definirse.

Contó diez cuando el rey y la reina se encontraban reunidos confidencialmente, llamaron a la puerta: era el hijo. Éste se inclinó ante sus padres diciendo:

*"He pensado las palabras de mi madre y he descubierto que tiene razón. Estoy dispuesto a partir de nuevo en busca de una joven reina. Os ruego permitirme partir."
"Con alegría eterna damos nuestro consentimiento."*

Apenas una hora más tarde, se había colocado su armadura más hermosa y se había colgado la mejor de sus espadas. Su fiel caballo lo llevó tan de prisa como el viento.

A los pocos días se encontraba nuevamente junto a la cadena de montañas. Escalando pudo ver del otro lado, en un profundo valle, unos árboles verdes. Dentro de ese paisaje gris y yermo, era lo único que le recordaba la vida y el crecimiento. Decidió encaminarse en esa dirección. Las montañas eran empinadas y había muchas piedras sueltas que caían al abismo a su paso. Tuvo que llevar de las riendas a su caballo y avanzaron lentamente.

Ya anoecía cuando se aproximó al valle. Vio entonces una choza al borde de aquellos árboles, hecha con las piedras del lugar, y techada con placas de piedra sin labrar.

Después de un viaje tan difícil, esa choza le pareció toda una maravilla. El curso de un chorro de agua lo condujo a un manantial. Hasta allí llevó a su caballo. Después de que hubiera bebido, lo ató debajo de un árbol. Luego se encaminó a la choza. La puerta estaba abierta. Vio una habitación pequeña, con muebles sencillos. Pero no vio habitante alguno. Sólo un gatito salió alegre a su encuentro, frotándose contra su pierna. Después de un instante, se sentó sobre una de las sillas. Vio entonces que había allí otro ser viviente: desde la ventana colgaba una jaula y sobre el marco de la ventana había una maceta con tres plantas de violetas, que estaban muy verdes y mostraban los primeros pimpollos. Dentro de la jaula había un pajarito de triste aspecto. ¿Qué le estaba pasando? No era por falta de libertad, ya que la puerta de la jaula estaba abierta.

Al escuchar un ruido en la habitación contigua, se levantó y abrió, y luego cerró la puerta, para hacerse notar. Entonces vio alguien en la habitación contigua. Pero no era un ser humano, sino un hermoso perro marrón. Al igual que había sucedido con el gatito, tampoco el perro mostró enfado por la presencia del forastero; se acercó moviendo la cola, oliéndolo a modo de investigación. Luego, de inmediato regresó a la pieza contigua.

Esto asombró al príncipe, y decidió seguir al perro. Al haber cerrado la puerta, la golpeó. Nada se movió. Después de que la hubiera golpeado dos veces, entró. Esta habitación era aún más oscura que la otra, y a través de una diminuta ventana entraba un poco de luz. Poco después de que sus ojos se habituaran a la penumbra, vio que contra la pared había un sillón y delante del mismo estaba el perro a modo de guardia. En el sillón estaba sentada una viejecita de pelo blanco, que dormía. Ella debía ser aquella mujer del bosque, de la que había oído hablar. Dormía profundamente, ya que, cuando la saludó, no despertó. Extrañamente profundo era ese sueño. Se acercó a ella y tocó su mano: ¡estaba helada! La anciana estaba muerta.

Durante largo rato, el príncipe permaneció parado allí, en silencio.

Dirigió luego la primera palabra al perro que lo miraba atento e interrogante:

"Aquí, esperamos a tu ama en vano, amigo. Tu dueña ya no despertará."

Y mientras decía esto, acariciaba su cabeza. *¿Cuándo habría fallecido la anciana? Tal vez la hubiese encontrado con vida, si hubiese salido de su casa un día antes ...*

En ese instante, se le cruzó por la cabeza que los animales habían quedado sin cuidado desde la muerte del ama. De prisa se fue en busca de provisiones. El pájaro no tenía agua; fue lo primero que vio. Podía morir de sed. Añadió granitos de cereales. Parecía que los animales estaban acostumbrados a comer todo a un mismo tiempo, ya que cuando le alcanzó el agua al pajarito, ya estaba allí el gatito, aguardando junto a su plato, cerca de la chimenea. Encontró una zona con leche y vertió un poco sobre la piedra. Se apresuró a lamer el gatito, pero luego saltó contento y rascó la puerta del dormitorio. De inmediato saltó el perro y entre los dos compartieron amistosamente la leche.

Donde hay leche, tiene que haber también una vaca. Pronto encontró el establo. De camino hacia allí, se encontró con un gallo posado sobre una viga, pero ya estaba durmiendo y parecía no tener hambre, aunque sí, la vaca sí tenía hambre. Ansiosamente se lanzó a comer el heno que le dio.

Pudo entonces pensar también en su propia comodidad: se quitó la espada y la armadura. Luego llevó su caballo al establo, donde había sitio suficiente. Recordó entonces que debía ordeñar a la vaca. Nunca antes lo había hecho, pero lo hizo mejor de lo imaginado. Tomó una parte de la leche y guardó la otra en un lugar fresco.

Había caído la oscuridad de la noche. Tenía un encendedor, y mientras encontraba un farolito colgado de la pared, lo encendió y lo llevó a la otra habitación. Miró junto a la anciana, velándola hasta el amanecer. Y no sólo esa noche. Sabía que corresponde dejar a los muertos durante tres días y tres noches sobre la tierra. Permaneció por eso junto a ella una tercera noche, paciente y fiel, para que nada adverso aconteciera a su cuerpo.

Al tercer día, abrió una profunda fosa en el jardín y allí sepultó el cuerpo. Tuvo un extraño sentimiento, llevando en brazos aquel cuerpo liviano, seguido por el perro y el gato como duelo, y cuando el pajarito, como en señal de despedida, hizo con un suave trino. Después de haber prestado ese aspecto que corresponde entre seres humanos a la anciana, pudo por fin continuar su viaje. La noche anterior había pensado mucho en qué podía hacer con los animales. Y decidió que no debía dejarlos en la choza. Al despertar el nuevo día, tomó la decisión de llevarlos consigo.

La tercera noche que pasó en la choza —y en la que finalmente durmió—, ya que el cuerpo de la anciana había sido sepultado, tuvo un extraño sueño. Le parecía que nuevamente estaba yendo por el sendero, ladera abajo, a través de las montañas. Largo tiempo estuvo solo. De pronto, vio una pequeña figura gris que trabajosamente trepaba y subía en su dirección. Pero antes de llegar al lugar donde él estaba, se sentó sobre una piedra y esperó. Cuando quiso pasar a su lado, ella lo miró fijamente y entonces él se dio cuenta de que se trataba de la anciana muerta. También ella le reconoció y le dijo:

-“Hasta ahora, y bajo pena de muerte, no podía revelar el secreto de la princesa Sinhold a ningún ser humano. Pero ahora, tú, que me has mostrado tanta gratitud, lo sabrás.”
“Existe un doble hechizo; el primero sumió a la princesa —y con ella a todo el reino— en un profundo sueño, parecido al de la muerte. Y el segundo es de modo tal, que la princesa, aun liberada de este hechizo, no mostrará deseo de vivir. El hechizo le infundió tal desencanto por vivir —a través de una larga persecución— que su alma no quiere retornar al cuerpo. Tan sólo por medio de algo así como una treta podría lograrse eso. Pero, como esto hasta ahora nadie lo ha sabido, la princesa tampoco pudo ser salvada, a pesar de que valentía humana y demás artes podrían haber vencido al hechicero. No sé si tú lo lograrías. Pero mis mejores deseos te acompañan. Si logras vencer al hechicero, quitando su maldición, deberías buscar un hermoso sueño para la princesa. Si logras que sonría en su sueño, podrás devolverla a la vida.”

En esto, se escuchó el relincho del caballo en el establo, porque amaneció, y el sueño encontró su fin. Era realmente un sueño extraño y merecedor de ser profundizado.

La partida de la choza mostró una extraña imagen: adelante iba el caballo ensillado como de costumbre, llevando en su grupa, como jinete, al gallo. A ambos lados de la montura colgaban bolsitas con mijo, que el príncipe llevaba preventivamente. Él mismo iba caminando y se había colgado de la espalda la jaula y la maceta con las violetas. A su costado, caminaban perro y gato. Le agradaba no tener que encontrarse con ningún ser humano.

Durante siete días, caminó siempre en la misma dirección, a través de aquel paisaje gris. Por aquí y por allá, se encontró con algún charquito de agua, rodeado de un poco de pasto, de modo que caballo y vaca tuvieron alimento. La vaca, a su vez, era la alimentación del perro, del gato y

del príncipe. Por suerte, había llevado el mijo para el gallo y el pajarito. Pernoctaban en el lugar donde habían llegado en su caminar.

Al mediodía del séptimo día, vio aparecer en aquel yermo paisaje una altísima roca, con un inmenso castillo. Ninguna corneta los saludó, ni hubo portero en la entrada. Debía ser el castillo tan buscado de la princesa Sinhold. Abajo, en el patio real, se divisaba harto, un arroyito y había además un poco de pasto. Allí hizo descansar a los animales. Él mismo se mantuvo despierto. Desenvainó su espada y subió los peldaños. En las desiertas escaleras retumbaron sus pasos. Unos grandes pájaros lo sobrevolaron y desaparecieron luego del lugar. Pero su corazón estaba tranquilo y sin miedo.

Después de subir varias escaleras, llegó a una amplia sala, cuyas paredes no pudo definir claramente por la penumbra allí imperante. En el centro de esa sala había una gran cama, y en ella yacía la princesa. Ahora sí, latía su corazón con fuerza.

*"Mil veces más hermosa de cómo es posible decirlo con palabras,
y cien veces más linda de cómo pintor alguno podría pintarla."*

En su patria se conocía este dicho acerca de ella, pero nadie había sabido si estas palabras eran ciertas. Tan sólo él lo sabía ahora. Toda la sangre había desaparecido de su rostro: era blanco como el mármol y su respiración era tan tenue, que podía ser tomada por muerta. Y a pesar de eso, era tal su encanto, que permaneció inmóvil, en recogimiento, por largo rato. Y no supo luego cuánto tiempo había transcurrido. Recién se recordó cuando sus animales —el gallo, el gato, el perro, la vaca y el caballo— hicieron su ruidosa entrada a la sala. No estaba disgustada con la presencia de sus animales, pues reconoció que había demorado demasiado. Rápidamente, dijo:

"Iré en busca del pajarito."

De prisa corrió hacia abajo, y buscó la jaula con el pajarito y las violetas.

Cuando volvió, los animales se habían parado todos alrededor de la cama; gato y perro habían subido a una silla. Todos miraban a la princesa. Luego abandonaron la sala en el mismo orden con que habían llegado. En ese instante había caído la noche. En la chimenea del vestíbulo estaba apilada leña. El príncipe la encendió, pero ardía con dificultad, exhalando tan sólo un poco de luz. Pero vio un estante en la pared con velas y candelabros. Encendió una vela y hizo un lugar junto a la ventana para el pajarito. Encendió un candil donde pudo colgar la jaula. Llevó una silla al lado de la cama para sentarse y sobre una segunda silla, puso la vela encendida. Permaneció a la espera de los acontecimientos.

Hasta la medianoche todo quedó tranquilo. Entonces vino el primer ataque del hechicero. Escuchó un sospechoso aleteo de piel y de plumas, y el príncipe vio como una rata subió a la cama de la princesa y parecía dirigirse a su cara. El príncipe hizo amago de golpearla con la mano y, asustada, saltó de la cama. Pero pronto aparecieron muchas de todos los rincones y todas subieron por las patas de la cama. Saltó el príncipe y con ambas manos trató de espantarlas. Aún había podido evitar que alguna de ellas tocara el rostro de Sinhold. Pero el número de ratas, cada vez más atrevidas, creció y creció. Cuando ya la situación se había

tornado desesperante, entró el gato a la sala. Ya había cazado una rata. Entonces todos las demás saltaron de la cama y desaparecieron. En un rincón de la sala debía estar el agujero, pues todas fueron en esa dirección y desaparecieron. El gato se sentó frente al agujero y con sus fulgurantes ojos lo miró fijamente. Ninguna rata se atrevió ya a salir, y la primera noche había sido ganada.

El día siguiente pasó tranquilo. Sinhold continuaba sumida en su profundo sueño, y el príncipe tuvo tiempo de dedicarse a sus animales y a descansar también él un poco.

La noche siguiente trajo consigo nuevas luchas aún más terribles. Al amanecer, el gato seguía sentado frente al agujero. Los ratas habían intentado salir, pero, al ver al gato, no se atrevían.

A la medianoche empezó, bajando por el agujero de la chimenea, una espesa niebla, y el fuego estuvo a punto de apagarse. Luego la niebla se arrastró por todo el ambiente, para tomar finalmente la forma de un dragón. También por las ventanas se acercaron fantasmales formas con movimientos amenazadores, y todas ellas se acercaron a la cama de Sinhold, para posarse sobre su pecho. El valiente príncipe puso sus brazos protectores sobre ella, extrajo su espada para amenazarlas, pero la espada no les causó daño alguno, las atravesaba como si fueran aire. Finalmente, sus brazos se cansaron y creyó que ya no podía ofrecer resistencia. Entonces, apareció el gallo, saltó sobre el respaldo de una silla y cantó a voz en cuello. Hay que saber que nada temen tanto los fantasmas como el primer canto del amanecer. Y como el gallo cantaba, creyeron que ya amanecía, y desprovistos, huyeron. De esta manera, había sido ganada la segunda noche.

La tercera noche era la más difícil y la más terrible. Nuevamente se lanzaron al ataque las ratas, y el gato tuvo que librar desesperada batalla con ellas. Regresaron los fantasmas, y el gallo tuvo que cantar tres veces antes de que se fueran. Luego, llegó otro momento: un terrible lobo gris. Pero esa noche, todos los animales habían entrado a la sala. Cuando el perro dio aviso, anunciando el monstruo que se estaba acercando sigilosamente, el caballo y la vaca corrieron en su ayuda. El perro mordió, el caballo dio coces y la vaca lo levantó con sus cuernos y lo arrojó escaleras abajo. Nuevamente hubo calma.

Ya creyó el príncipe que también esa noche se había ganado, se sentó al borde de la cama, cavilando cómo conseguir un medio mediante el cual el alma de Sinhold cobrara nuevamente amor a la vida.

De pronto, saltó el perro, que se había acostado expectante detrás de su amo, e irrumpió en un fuerte ladrido. Gritó el príncipe, y pudo ver a tiempo la soga de un lazo que le estaba poniendo el hechicero, para apresarla por el cuello. En el mismo momento, la espada del príncipe voló por el aire y cortó la soga. Y cuando el hechicero quiso abalanzarse sobre el príncipe, el perro se le metió entre las piernas, el gato le saltó sobre la nuca y el gallo voló sobre su cabeza, la vaca le clavó los cuernos en la cadera y el caballo lo mordió en el brazo.

Levantó su brazo izquierdo el hechicero y agarró al gallo, que intentaba picotearle los ojos. Pero al bajar la mano, para asir al gato, un golpe de espada le tocó el meñique de la mano izquierda, que fue despedido en vuelo al rincón. Corrió presuroso el hechicero detrás de ese dedo cortado,

ya que en él residía el máximo de su poderío. Pero más veloz fue el gato. Con un salto lo alcanzó, lo llevó a la chimenea y lo arrojó al fuego. Al chisporrotear en las brasas, el hechicero irrumpió en un terrible alarido y desapareció por la ventana.

Y mientras el humo gris, que por doquier había transportado el aura de ese país, se produjo entonces una ráfaga, y una estrella se vio brillar en el cielo —después de miles de años de penumbra.

*Hubo entonces un gran ondear, moverse y girar,
y estaba ya libre de la maldición.
la vida toda y el reino.*

El gallo se había recuperado de la caída, voló sobre la cama e inició su canto de gloria. Mientras que afuera se apartaba más y más el humo gris y ya todas las estrellas podían enviar su benigna luz. A la princesa la sangre le había fluido a las mejillas y ahora se asomaban dos rosetas. También sus labios tomaron el color de la vida y su pecho respiraba con mayor fuerza. Ahora sí, se veía que estaba durmiendo.

En eso, en oriente apareció el crepúsculo matutino y un dulce y tenue perfume embargó toda la habitación. Los violetas estaban en flor. Los primeras flores en el país de Sinhold, después de milenios. Tampoco el pajarito pudo contenerse por más tiempo. Comenzó a cantar con voz tan hermosa y dulce, que el príncipe sintió las lágrimas por las mejillas y una tierna y dichosa sonrisa se dibujó en los labios de Sinhold. Había nacido un sueño de primavera, de juventud y amor, y su alma regresó al cuerpo.

Al salir el sol en el este, la princesa abrió sus ojos y al ver al príncipe arrodillado junto a su cama, lo abrazó.

Cuando unas semanas más tarde se tuvo noticias en el castillo del padre del príncipe de lo acontecido, una multitud se apostó a la vera del camino para recibir al príncipe y a la princesa. Ésta iba en el caballo que avanzaba con suave paso. El príncipe, con los ojos plenos de dicha, llevaba las riendas del caballo. La princesa llevaba en su regazo la jaula con el pajarito y las tres plantas de violeta en flor. Detrás de ellos, iba la vaca, el caballo; luego el perro y el gato, uno al lado del otro. El gallo cerró la fila. Cuando se supo de qué manera habían colaborado estos animales en la salvación de la princesa, todos pudieron comprender el significado de aquellas misteriosas palabras:

*"Su redención no puede ser llevada a cabo por un hombre solo
y más que uno tampoco puede ser."*

Qué sencillo había sido: un hombre solo no lo lograría, ni dos hombres podrían ser, pero sí, podían ayudar los queridos animales. Ni falta hace decir que jamás animal alguno fue tan amado y cuidado como éstos. Vivían y venían por el jardín del castillo y nadie les hizo daño. Pronto, el pajarito encontró amigos en el jardín y sólo volvía a la jaula para comer y dormir. Durante horas

desaparecía, hasta que al atardecer —al estar sentados el príncipe y la princesa en el jardín— se posaba sobre el hombro de la princesa y cantaba para ellos su dulce canción.

Entonces gobernaron el príncipe y la princesa, y fueron muy felices.

Traducción de Ana María Rauch

Aportación de Anabel Matos S.